

Mauricio Irazzo T.

El conocimiento humanístico diferenciado del conocimiento científico se remonta sin duda al divorcio entre la filosofía y la ciencia, que a su vez se plasmaba en sus distintas vías o maneras de procurar la búsqueda de la verdad, por una parte y de lo aceptable o bueno, por la otra. La ciencia se va consolidando en la medida en que se concentra en establecer lo verdadero, con la aplicación del método científico, y la filosofía, aunque la verdad sigue siendo su objetivo último, en definir lo bueno para el ser humano.

Sin embargo, esta separación colocó en manos de la ciencia la potestad de definir lo verdadero, relegando a la filosofía o ciencias humanas en general, a la búsqueda de lo bueno, y hasta podríamos decir, de lo bello, lo estética y valorativamente adecuado o reconocido que nos distingue como seres humanos, aunque la filosofía originariamente era la que establecía la validez o no de las leyes naturales. La ciencia tuvo entonces que procurar caminos para el reconocimiento de la verdad identificada, mediante la comunidad científica, la cual le dará soporte, cada vez de manera más especializada, a sus descubrimientos y experimentaciones, donde la condición utilitaria irá tomando protagonismo.



Pero hoy en día, ante el fracaso en la resolución de los grandes problemas de la humanidad, se cuestionan verdades asumidas como universales, relativizando el conocimiento, y se vuelven a hacer, recurrentemente, las preguntas originarias, porque ya no satisfacen las respuestas obtenidas, tanto por la ciencia y sus disciplinas, como por la filosofía y sus escuelas.

Desde estos términos, quienes nos desenvolvemos en el mundo universitario, ocupados en la formación de profesionales que deberán intervenir en una sociedad cada vez más compleja, pero, paradójicamente, más especializada, debemos preguntarnos si estamos contribuyendo a profundizar una separación que tiene fecha de vencimiento o estamos formando profesionales críti-

cos que reconocen la caducidad de las verdades conocidas y que están dispuestos a indagar nuevas verdades, integradoras y complementarias, que nos abran la mente al encuentro de posibilidades que superen el fracaso del sectarismo y el aislacionismo al que nos ha conducido la separación entre la ciencia y la filosofía, o lo que es lo mismo, entre el hacer, el ser y, por lo tanto, el saber.

La ancestral discusión entre la ciencia y el arte, por ejemplo, se diluye ante la impotencia en la delimitación precisa de sus campos de acción, cuando el científico reconoce que es la sensibilidad humana la que le posibilita el descubrimiento y la innovación, y el artista, plástico o escénico, pretende la perfección calculada milimétricamente.

Ya no basta repetir lo conocido y es insuficiente plegarnos a la fe ciega, como si obtener la seguridad y la confianza pudiera ser el objetivo último; es preciso dudar, darle cabida a la incertidumbre, abrirse a aceptar lo desconocido, para permitir el encuentro y el diálogo de saberes, así sean experimentales o vivenciales, donde el terreno de lo común y lo compartido siempre será más enriquecedor que lo egoísta y lo mezquino.

No sólo se trata entonces del intercambio de lo comúnmente aceptado, donde la resignación acompaña al conformismo, se trata de asumir que como seres humanos todos tenemos comportamientos y pensamientos valiosos, aún en las posturas más extremas, de los que pueden y deben surgir oportunidades insospechadas, más allá de los fanatismos que enfrentan y destruyen. Dicho de otra manera, el científico y el filósofo son al fin y al cabo una realidad única, expresada en la persona, que los mismos humanos hemos escindido, propiciando una dicotomía que dificulta nuestra realización plena, por lo que se hace necesario fusionarnos y darle cabida a opciones construidas conjuntamente, donde experimentar e imaginar pueden tener la simultaneidad de sus momentos, en el marco del respeto al quehacer múltiple y la multidimensionalidad compartida.

Referencias:

- Morin, Edgar (1.999): La cabeza bien puesta, repensar la reforma, reformar el pensamiento, Nueva Visión, Buenos Aires
- Wallerstein, Immanuel (2.011): La Visión Integrada: Estudios de complejidad y estudios culturales, en El pensamiento sociológico: del siglo XIX al siglo XXI, Espacio Abierto, Universidad del Zulia, Maracaibo.

Prof. Mauricio Iranzo T. Sociólogo, Dr. Planificación de Desarrollo Regional, Fundador de la Licenciatura en Desarrollo Humano. Decano (E) de Humanidades y Artes de la UCLA.